

—Colérico Hombre Kiché, el cielo, la tierra,
han querido que sucumbas ante mi arco, mi escudo.
Yo te he derribado, te he amarrado, te he hecho cautivo, prisionero.
Reconoce quién eres, de dónde vienes. ¡Habla! ¡Y no diré más!

—Guerrero Rabinal Achí, ¿que de dónde vengo?
¿Por qué habría yo de revelarte cuáles son mis montañas, mis valles?
Si hiciera eso, ¡que el cielo, la tierra, me maldigan! ¡Y no diré más!

—Colérico Hombre Kiché, si no hablas, serás comida, bocado.
Y te haré entrar frente al rey de Rabinal, mi señor.
¡Y allí te haremos hablar! ¡Y no diré más!

—Guerrero Rabinal Achí, escucha:
El rey de Rabinal, ése tu rey, acabará perforado, agujereado.
Y no será el primero cuyas raíces, cuyo tronco arranco.
Éste es mi grito ante la faz del cielo, la faz de la tierra:
¡Yo soy la cólera, soy la fuerza del rey Kiché, mi señor!
Y los Rabinaleb, ¿qué son? Ardillas, pajaritos... ¡Naderías!
¡Y no diré más!

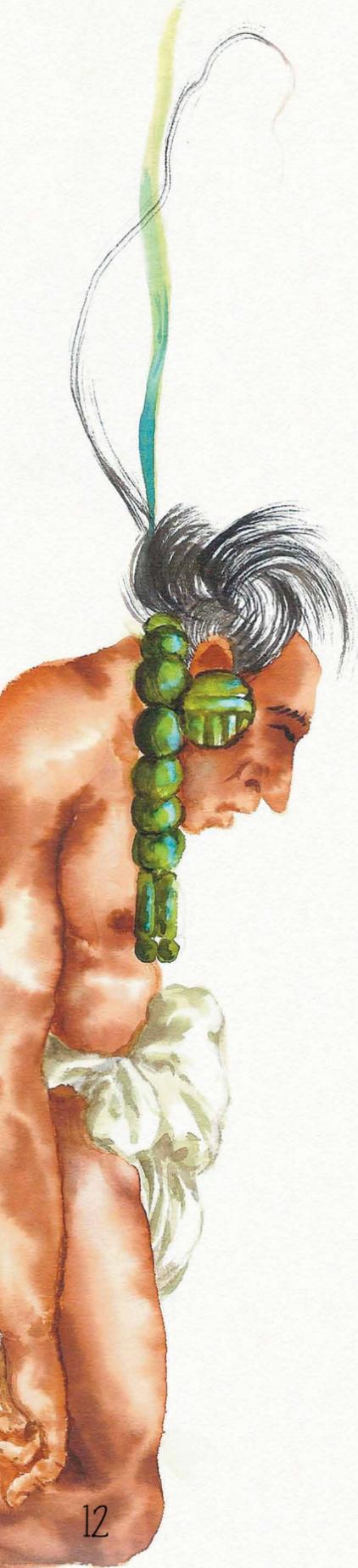
—Colérico Hombre Kiché, mi corazón no olvidará
que te ha visto acechando nuestra gran fortaleza, nuestra gran muralla,
aullando como coyote, como gato de monte, como agutí,
como jaguar, tratando de cazar a nuestra gente.
¿Por qué lo hacías, por qué olvidaste las palabras
de los doce señores?





En Qumarmachi, lugar donde abundan los juncos y los lagos, atalaya de los pájaros y las abejas, tiempo atrás éstas fueron las palabras de los doce señores:

“Guerreros Rabinaleb, guerreros Kichés,
¡dejen ya de acecharse, dejen de hostigarse!
El plato ha quedado vacío, la jícara se
ha secado. Está desolada la fortaleza,
sólo silencio, sólo aflicción.
Arranquen la cólera de sus corazones
y siembren y cosechen juntos para
que juntos coman frijol de tierras frías,
frijol de tierras calientes”.



Tiempo después de las palabras de los doce señores un mensajero del rey de Rabinal se presentó ante el rey de los Kichés:

— Vengo aquí, donde ustedes reciben nuestros tributos, las cinco cargas de pataxte, las cinco cargas de cacao. Y hoy vengo a hablarte de pueblos vecinos. Ellos están hostigando nuestras blancas montañas, nuestros blancos valles. Quieren matar a nuestro rey. ¡También a ti quieren matarte! Vengan, pues, hermanos Kichés, a nuestras montañas, nuestros valles. ¡No los dejemos huir! ¿No hay alianza entre nosotros?

El rey de los Kichés temió en el mensajero una trampa, un engaño. Y le respondió:

—Iremos allí a esgrimir nuestra fuerza. Enviaré a Kiché Achí, mi guerrero, mi cólera. Él ha extendido ya mis dominios hasta los cuatro rumbos, las cuatro esquinas. No hay nada que él no haya devastado, no haya aplastado.

Y fue entonces cuando lanzó su desafío, su grito:

— Mi guerrero irá, pero no contra los pueblos vecinos. ¡Irá contra tu rey! ¡Tu rey, el rey de Rabinal, acabará perforado, agujereado!

